

Mariano Latorre

Viento de mallines



EINTICINCO años tardé en volver al pueblo del sur, vecino a la cordillera de los Andes, donde transcurrió plácidamente mi adolescencia.

Muros de adobe, a veces desplomados y en geométrica hilera, tal como lo trazó el desconocido alarife del siglo XVIII en su plano elemental, formaban la chata aglomeración de casonas de Loncovilo. Las fachadas enormes se interrumpían con el ancho portalón, capaz de una carreta y su yunta y las dos ventanas rectangulares, cuadriculadas de vidrios. Arriba, el alero de rojas tejas; abajo, la acera de ladrillos que gastaron los tacos puntiagudos de los zapatos huasos o simplemente el ripio rubio, agujereado por las flechas de la lluvia y cuyo crujido en serdina aún recuerdo con nitidez. En una de esas casonas y en una calle cualquiera, murió mi padre una noche de fines de primavera.

Frondosas huertas, pedazos de potreros, donde crecían naranjos y duraznos, y en nudosas curvas se retorcían viejos parrales, completaban las casonas en la

planicie, donde se levantaron hacía un siglo. A lo lejos, azuleaba la maciza espalda de la cordillera, con sus hombros de nieve.

Decían de la fecundidad de la tierra, de sus trigales, de sus vacunos y de sus viñas las innumerables tiendas de españoles y los surtidos despachos de italianos. No faltaba una fábrica de cerveza y una roja cara de alemán, tapando botellas.

En los días de feria, bajaban de los valles cordilleranos huasos, típicamente montados y las carretas, cargadas de choclos y de frutas, se transformaban en pequeños mostradores ambulantes. Y los gritos y disputas de las apuestas y el vino que gorgoriteaba en los grandes potrillos y el piafar de los caballos sudorosos, hablaban del campo y de sus deportes favoritos: las topeaduras y las carreras.

Las casas del pueblo, amplias y rudas, no se diferenciaban de las de los fundos y los ranchos de los iuquilinos, de las modestas casitas de tejas de los pobres de Loncovilo. Así, el poblacho no era sino el reflejo del campo, del cual había nacido. En el verano, el patrón rubio y pletórico, junto al inquilino moreno y esmirriado y en el invierno, el mismo patrón, frente al zapatero mísero y al gañán tirillento.

Las calles, en el verano, eran acumulaciones de polvo que salía de su letargo rojo en nubes espesas, al paso tardo de las carretas o en torno a los cascotes de las cabalgaduras que transitaban por ellas. Al volver a su reposo, las imperceptibles partículas hacían cam-

biar de color las casinetas oscuras, colgadas de las puertas y penetrando por las junturas de las ventanas, agrisaban los pesados roperos y las amplias cómodas de los caserones.

Pero los tenderos no estaban dispuestos a estropear las casinetas, tan solicitadas por los huasos. Y salían a la calle los dependientes, armados de toscas palas, hechas con las tablas de los cajones en que llegaron las mercaderías, a apagar, con el agua de las acequias, el cálido furor del polvo despertado de su sueño.

El problema era más difícil de resolver en los inviernos. El agua de la lluvia substituía a la de las acequias. Cada calle era, ahora, un cauce de lodo negro, donde se hundían por semanas las ruedas de las carretas y donde no podían pasar ni los ágiles cascos de las bestias campesinas.

El invierno del sur entoldaba al poblacho con nubes plumizas, si los aguaceros no convertían el día en un largo y húmedo crepúsculo. Y la lluvia, con un deleite de dueña de casa, descorría sus cortinas de chorros de cristal, desde las tejas a las aceras, frente a las fachadas de las casas.

Pero aire y campiña, entraban a una suave convalescencia azul al apuntar la primavera.

En ángulos verdes oscuros, altos o bajos, simétricos o desordenados, rayaban el cielo los choroyes, en viaje a las cordilleras. Se sabía por ellos que la nieve se había deshecho y que los bosques reverdecían. Chilla-diza desentonada, pero extrañamente típica que hacía

levantar la cabeza a los aldeanos y los obligaba a mirar por una vez al cielo.

Sabían los loncovilanos hacia dónde iban los choroyes, pero ignoraban de dónde venían. Yo, hombre de la costa, vi a los choroyes en las quebradas donde invernaron y los vi, también, iniciar su vuelo de leguas, como empujados por la travesía, hermana del sur, al corazón de las selvas precordilleranas. Y me daban su lección de porvenir, el abrazo del mar y de la cordillera, que es la esencia de Chile.

En ese pueblo agrícola mi niñez se hizo adolescencia. Olvidé mi costa, orlada de blanco por la sembradura verdeante. El marinero en su bote, bautizado de sal, por la carreta quemada por el viento y el jinete con sus espuelas y su manta coloreada. Mundo nuevo al que llegué a comprender y a amar, como al puerto donde nací.

Los jinetes y carreteros del valle no se diferenciaban mucho, de los pescadores y gentes de mar que yo conocía. Seguía siendo la verdadera, la lección de los choroyes aventureros. Sólo que el huaso era imprevisor e impulsivo y el marinero sobrio y silencioso. Y es que el bote tiene ante sí la resistencia del mar, la inseguridad de la pesca y el caballo y la carreta, la plenitud sin obstáculos del camino y del campo.

Los terratenientes, poseedores de charolados coches americanos y ágiles caballos, seguidos por una escolta de servidores, no tenían la sonrisa acogedora del capitán de veleros, del dueño de almacén o del constructor

de buques, en mi puerto natal. Eran señores y se creían dueños de la tierra. El pueblo y sus gentes les pertenecían. Y audaces y cínicos se robaban las muchachas, como en una rivalidad electoral penetraban a caballo en la vieja iglesia poblana, llena de beatas en las tardes y embrujada por vuelos de lechuzas agoreras en las noches.

Poco entendí en ese instante de mi vida, de ricos y de pobres. Sólo fui un espectador asombrado y tímido de la existencia aldeana. Entonces murió mi padre y perdí la alegría de vivir. Odié al pueblo y odié a caballeros e inquilinos y a sus remoliendas mal olientes y a sus chinas impúdicas.

Sin embargo, veinticinco años después, añoraba el pasado y en vano buscaba los rostros que conocí y las voces que escuché en la juventud.

El progreso llegó, también, al pueblo. Otros eran los que medían casinetas y vendían yerba y azúcar. No estaba el vasco Echarte, tras el desnivelado mostrador de «La Bilbaina», ni el riojano Ledesma, vendiendo percalas y miñaques con una gravedad de moralista. Ni entre gritos y bromas regaban las calles los dependientes con sus palas improvisadas, porque el asfalto fué la sepultura del polvo estival y los camiones y automóviles sucedieron a los cupés y a las carretas.

En balde miraba hacia la casa donde vivió Remedios Pedreros. Estaba aún la tosca puerta, pero no la gracia de su sonrisa. ¿Qué sería de ella? No lo pre-

gunté, porque el recuerdo había de ser, hasta hoy lo creo, más bello que la verdad.

Volví al pueblo para seguir a la cordillera, donde estuve en dos veranos consecutivos. La cordillera si que no habría cambiado. Serían los mismos mallines del cajón de «La Plata» o los ventisqueros de donde nacía el Loncovilo y los cipresales oscuros y los michayes, aferrados a las piedras y los cóndores silenciosos y las corraleras alborotadoras. Y tampoco habrían cambiado los arrieros y los rebaños que, aunque otros, serían los mismos. Y el mismo el huaso Colacho Urrutia que nos guió por los escondrijos de la sierra y nos mostró el secreto de ese paisaje, interminable sucesión de valles altos y hondos abismos, de mesetas desiertas y de torrentes desatados que vigilaban, como amos todopoderosos, el «Descabezado» y el «Campanario».

Lo veo, como si lo tuviera delante de mis ojos en lo alto de la planicie, esperando a la caravana de jinetes y de mulas cargueras, a la cual acababa de señalar el buen camino. Su mulato «El Zorro», astuto e incansable, brillaba al sol, todo él un palpitante músculo de sudor, mientras su amo se enjugaba la frente con un gran pañuelo de colores. Sin embargo, no era esta actitud de descanso la que nos emocionaba. Poco antes de subir, nos detuvimos en el plano de un cajón. Tras este ascenso llegábamos a un valle más alto. No había otro camino. Creíamos, en nuestra inexperiencia, que ese sendero, apenas trazado, en torno al cerro, era inaccesible. Y aquí se produjo el milagro. El Zorro y

Colacho comenzaron la subida, alargada la cabeza en un vigoroso esfuerzo, el jinete abrazado a su cuello, sus cascos parecían las patas tejedoras de una araña y a veces, recordaba a un cabro, descansando en la cornisa del camino, atadas sus patas en un fantástico nudo de equilibrio. Entonces ascendíamos. Resbalones, sudor, seco rodar de piedras desprendidas por las patas de las cabalgaduras, gritos, mulas empacadas; una larga hora de fatiga.

Desde la meseta nos miraba llegar Colacho Urrutia, un cigarro en la mano y el sol, convertido en atesado brillo en su cara varonil.

—Aquí los esperaba, amigazos, olorozando el mallín.

Deshechos, destilando sudor por todos los poros de la piel, mirábamos la suave blandura del mallín, esponjándose bajo el sol de mediodía y era para nuestros ojos cansados de un suave confortamiento.

Al sentir el perfume de las yerbas, caballos y mulas abrían ruidosamente sus congestionadas fosas nasales.

Seis meses durmieron las raíces de mil yerbas bajo el peso de la nieve. Al llegar la primavera, el sol tocó, con su batuta de oro, una sinfonía de aguas locas en el congelado planchón. Ahora, el mallín se hizo río de aguas precipitadas. Y al desaparecer los arroyos, las raíces crecieron pujantes, asomaron los tallos y se hicieron flores y el mallín recuperó su carácter.

En el pueblo pregunté a los conocidos por Colacho Urrutia. Hacía cinco años que no iba a la cordillera.

—Está reumático, me dijeron y poco sube a caballo.

Otros insidiosos, comentaban:

—Los carabineros no aguantaron contrabandos. Lo pillaron con un piño, pal sur de Catillo.

—Cerca del Matadero compró un terrenito. Ahí vive solo, pero acompañado, me notició un tercero con gesto maligno.

Antes de emprender mi viaje a las tierras altas fui en su busca. Me abrió la moza, una muchachona de veinte años, toscamente vestida, pero de recias formas. Negras trenzas, negros ojos y renegrado amorenamiento de facciones. Me habló con una extraña dignidad, que no era la de la esposa y se alejaba de la humildad de la sirvienta. Era la moza, que no es la sirvienta y que, tampoco, es la mujer legal.

—Tá pa San Carlos, habló su voz cantarina que prolongaba las sílabas finales. No vuelve hasta el martes.

Al día siguiente, al clarear el alba, partimos a la cordillera. He de confesar que Colacho Urrutia nos hizo falta. Sin él era otro el paisaje andino, hijo del Maule y nieto tectónico del «Descabezado».

Mi nueva experiencia de los Andes no fué otra cosa que recordar el viaje antiguo y a Colacho y a su caballo mulato. Mallines y torrenteras, cóndores y zorros, arrieros y mozos no me parecían tener el sabor con que los vi la primera vez.

Y al retornar, dos meses después, a Loncovilo, ver y oír a Colacho se hizo en mí aguda obsesión. Volví a la casita de las afueras. Cerradas las ventanas, parecía deshabitada. Golpeé en la puerta sin pintar. No tardó en aparecer la muchacha, idénticamente vestida, como si no se hubiera sacado en dos meses su blusa de percala azul. Esta vez si estaba don Colacho, pero regando su huerta, dijo la voz cantarina. Atravesamos el pasadizo y me mostró la sábana multicolora de la chacra. Al fondo, un sauce y bajo el sauce una mesa y un hombre, junto a ella. Una veredita, entre los cuarteles de porotos y de coles, me mostraba el camino. Hubo que saltar una acequia. A fuerza de pasar por allí tenía la acequia casi la independencia de un estero. Mentas y yerbamotas, respiraban su suave olor sobre la corriente. Y las madejas de agua se atragantaban, endureciéndose en burbujas redondas o riendo en blancos escupos de espuma. Y al fondo, el lomo anguloso de la cordillera.

El hombre no se movió ni cuando estuve a un metro de la mesa. Pero era él, Colacho Urrutia. Reconocí su grueso cuello, salpicado de pelos rojizos, sus cuadrados hombros.

—Buenas tardes, don Colacho Urrutia ¿no se acuerda ya de los amigos?

Se volvió bruscamente como si me reconociese. No habían cambiado espalda y cuello, salvo unos pelos grises disparejos, pero si la cara. Ni las facciones amorenadas por el sol ni los ojos, hinchados de jugos

vitales. Agudizando los pómulos, el tiempo rayó las mejillas y destiñó en la mirada la brillantez juvenil. Yo le sonreía sin avanzar. De repente, el recuerdo animó su expresión. Irguióse su maciza estatura. Se ajustó la faja, acto habitual de huaso y tendiéndome las pesadas manos, me dijo:

—Acabo de reconocerlo. No ha cambiado usted nada. Y se le había olvidado a usted esta tierra.

Le insinué cortésmente que, también él, me parecía el mismo.

—¿El mismo? ¡Qué voy a ser el mismo! Estoy más espiado que una yegua trilladora, pero tome usted asiento.

Me alargaba una silla de totora, en el extremo de la mesita. Había tomado el mate y agachándose, cogió la tetera que hervía sobre un brasero. Me lo tendió, cebado.

—¿Quiere usted unos mates como los que tomábamos a la orilla de la laguna del Maule, esperando los flamencos?

Y se detuvo, con nítido color, en mi memoria, un frío amanecer, a la orilla de la laguna del Maule. Desierto de aguas escalofriantes, encerradas entre muros nevados y entre playas grises, lejanas, donde el viento bordaba cordoncillos de espuma. Los flamencos no vinieron. La cercanía del hombre los hacía volar al otro extremo del lago, lugar casi inaccesible y mientras mateábamos, sólo pude coger una plumita roja, único trofeo de la cacería.

—¿Se acuerda usted, claro, de la plumita roja? Yo no olvidaré las bromas que nos hicieron, pero le aseguro a usted que la plumita la conservo.

Me miró con simpática franqueza. No dijo nada, sin embargo.

—Acabo de recorrer los mismos lugares, seguí, atravesé los mallines y llegué a la laguna. Volví a tomar mate, pero éstos no eran los mismos.

Se nubló su fisonomía. Lo que pasó en su interior lo presentí, pues sus palabras torpes no expresaban su sentir en ese instante. Su tragedia había que adivinarla, a través de su rudo lenguaje de huaso.

—Es que se cansa el estómago y se cansa la boca de chupar la bombilla, ¿no? Y el cuerpo también se cansa. Treinta años de subir y bajar y lidiar con piedras y con arrieros y con animales. ¿No le parece?

Chupó con deleite el mate amargo y agregó con simplicidad emocionada:

—Esos años de cordillera, desde mocosito (a los 14 años acompañé a mi padre en los arreos) me hicieron un hombre distinto. No me hallaba en el pueblo. Venía de otro mundo, y el frío y el barro de Loncovilo los aguantaba, porque llegaría otra vez la primavera y los preparativos de caballos y monturas para volver a los mallines, donde engorda el ganado. El cantito de los arroyos y el balido de las ovejas y el bramar de las vacas era algo bueno y sano. Y meter el ganado, que comprábamos en Argentina, por un camino que mi padre y yo conocíamos no más y venderlo

en algún fundo del valle a buen precio, era un negocio y al mismo tiempo, un bonito viaje.

La sonrisa juvenil volvía a su boca de gruesos labios y la rejuvenecía. Hablaba con franqueza, porque estaba seguro del jovencito a quien acompañó a la cordillera hacía veinticinco años.

La tarde gastaba sus últimas monedas de oro, como un niño antojón, en el agua del estero o en la azulosa quietud del valle. Volaban tordos y jilgueros por la huerta. En un aguazal, chirrió un pidén.

Un puelche de las tierras altas bajaba a jugar con las túnicas grises de las coles y con las hélices lustrosas de los maizales.

Le devolví el mate. Lo cebó una vez más y sosteniéndolo con un gesto litúrgico, a la altura de la boca, me dijo con el mismo tono de aquel lejano mediodía:

—Lo respiro todas las tardes con ansia. Me cuenta cosas de la cordillera y aunque no lo veo, pienso para mí: ¡Viento de mallines es!

Y el puelche parecía hablar. Algo decía de rodados y de nieves, de ríos y de ganados. La inmensa cordillera respiraba así, aliviada del sol, arrebozándose, al llegar la noche, en su oscuro poncho, salpicado de estrellas. (1)

(1) Prólogo del libro «Viento de mallines» que dentro de poco publicará la «Editorial Zig-Zag» en su colección «Biblioteca de Escritores Chilenos».